

FANTASMAS Y SAMURÁIS
Cuentos modernos del viejo
Japón

Okamoto Kidô

Traducción del japonés:
Isami Romero Hoshino

**QUATERNI**

Copyright © 2013 Quaterni de esta edición en lengua española.

© Quaterni es un sello y marca comercial registrado

Traducción del japonés: Isami Romero Hoshino

Fantasmas y Samuráis. Cuentos modernos del viejo Japón.

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-941173-0-5

EAN: 9788494117305

BIC: FKC

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José Luis Ramírez

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de portada: Manuel Dombidau

Imagen de portada: Utagawa Kuniyoshi

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Gráficas Díaz Tuduri, S.L.

Depósito Legal: M-9248-2013

Impreso en España

17 16 15 14 13 (05)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro



**SEIAJIN:
EL ESPÍRITU DE LA
RANA AZUL**

PERSONAJES

Chō, Kun: Guerrero chino.

Esposa de Chō Kun: Mujer joven originaria de Kosshu.

General: Jefe de **Chō Kun**.

Hoshizaki: Cincuentón, quien explicó el origen de la rana azul a **Umezaki**. El narrador.

Umezaki: El Amo del Lar de la Rana Azul. Excéntrico exabogado y haikuista, quien organizó la fiesta para contar los cuentos de fantasmas.

Yō, Toku (羊得): Amigo de **Cho Kun**.

I

—¡Correo expreso!
El 3 de marzo, a mediodía, una carta fue arrojada a la
puerta de mi hogar.

Mañana del 3 de marzo

*Excelentísimo señor:
Se está derritiendo la nieve de primavera.*

*Esta noche quisiera tener la oportunidad de que me honra-
rais con vuestra presencia. Sé que vos estáis muy ocupado, pero
os ruego que me complazcáis y visitéis mi humilde morada,
a partir de las cinco de la tarde. También, nos van a honrar
con su presencia cinco o seis invitados más. Os aviso que esta
reunión no es nuestra habitual sesión de haikus.*

Quedando a vuestra disposición me despido.

*Atentamente
El Amo del Seiadō (青蛙堂)*

Antes de comenzar con mi relato, es pertinente explicar-
les un poco quién es el susodicho remitente. No es raro que
alguien denomine a su morada como **seia** (井蛙) utilizando
los caracteres chinos de ‘pozo’ (井) y de ‘rana’ (蛙), pero en

realidad, no hay muchos que empleen el carácter de ‘azul’ (青) para escribir **seia** (青蛙) como lo hace esta persona. El apellido del Amo del Seiadō es Umezawa. Es menor que yo, tiene cuarenta años, quizás cinco o seis más, pero es joven de espíritu y muy activo. Es abogado de profesión, sin embargo, hace diez años cerró su despacho. Ahora, es el consejero legal de un gran almacén cercano a Nihonbashi. Además, ostenta el puesto de asesor y de auditor en otras tres o cuatro empresas. Es como quien dice, un respetado caballero.

Desde joven, Umezawa había estado interesado en los haikus, pero han sido en estos últimos siete u ocho años, cuando profundizó su afición por ellos. Cada vez que ha tenido un poco de tiempo, ha asistido a sesiones de poesía. En su casa también ha organizado reuniones. En el mundo de los haikus su pseudónimo es Kinka ‘brillo dorado’ (金華). Por cierto, se me había olvidado decírselo, pero él ya es todo un maestro en este arte.

Bueno, hace cuatro o cinco años, Umezawa recibió de una persona, que había regresado de China, un obsequio: una artesanía cantonesa hecha de bambú. Una pieza que en Japón era casi imposible de verse. Un sapo japonés gigante hecho de una raíz perforada de bambú. Era una vasija en forma de una rana de tres patas. No le habían roto por accidente una de sus extremidades, simplemente, desde el inicio tenía tres. Umezawa pensó que era algo raro y la persona que se la había regalado, tampoco sabía la razón. No le importó mucho, como era una cosa tan interesante, decidió colocarla en el **tokonoma** para adornar su sala.

Un día, un gran conocedor de China le dijo:

—Eso no es un sapo normal. Es una rana azul.

Después de decírselo, trajo un pergamino de la Dinastía Qing [1644-1912] titulado: *Charlas ociosas acerca del té con los clientes*, que había sido escrito por Kuisheng Ruan. El documento decía en chino antiguo más o menos lo siguiente:

En Hangzhōu existe una criatura llamada el general de Jinhua, se le conoce también como Rana Azul. Es casi similar a un sapo pero tiene solamente tres patas. Aparece mucho entre el verano y el otoño. En las casas en donde se aparezca, tendréis que ponerle una bandeja de comida y sake como ofrenda. Ese animal se mantendrá cerca pero no comerá. Su piel cambiará de azul a amarillo y luego a rojo. Se habrá embriagado con la ofrenda. Entonces, la tendréis que poner en la bandeja y mandarla fuera del portal de Yong-Jin donde está el mausoleo del general de Jinhua. Si hacéis lo anterior, la rana desaparecerá. En los días siguientes esa casa habrá obtenido la felicidad. Os lo garantizo. Así será.

Gracias a ese texto, pudo comprender cuál era el origen de esa rana de tres patas. Umezawa se alegró sobremanera. Ese espíritu se llamaba Jinhua igual que él. Recuerden que su pseudónimo en el mundo del haiku era Kinka, en chino sería Jinhua. Era como si su doble, el general, hubiese entrado a su morada. Una coincidencia muy extraña. A partir de eso, Umezawa cuidó con esmero a la rana y le pidió a un maestro de la caligrafía japonesa que le escribiera un lienzo que dijera: “El Lar de la Rana Azul”. Además, él mismo se hizo llamar como el “Amo del Seiadō”.

Ahora bien, cuando recibí la convocatoria de aquel personaje en cuestión, dudé. Como estaba escrito en

la invitación, desde la mañana había estado nevando finamente. El Amo vio la nieve y se le ocurrió organizar súbitamente la reunión en esta noche, pero el Seiadō se encontraba en una arboleda muy profunda donde aun de día todo estaba oscuro y tétrico. Además, había que subir la pendiente de Kirishitan ubicada en el distrito de Koishikawa. Y, bueno, salir en una tarde como la de hoy y regresar por la noche, era un fastidio, tan solo imaginármelo me daba terror. Si fuera nuestra habitual sesión de haikus no iría, pero como en su carta había escrito que era una cosa distinta, a lo mejor valía la pena.

Me pregunté ¿por qué hacer una reunión justamente hoy, 3 de marzo? Umezawa no tenía hijas. No creo que vayamos a festejar el Festival de Muñecas para las Niñas. Tampoco creo que nos vayamos a reunir para conmemorar a los **ronines** caídos en el incidente del portal de Sakurada. Mientras pensaba todas estas cosas, me di cuenta de que nevaba menos. ¡Enhorabuena! Asistiré. Preparé mis cosas. Eran ya las cuatro de la tarde pero al salir, la nieve se intensificó. Al ver el paisaje nevado volví a dudar, sin embargo, me dije: “¡Qué más da! ¡Vamos!”. Finalmente, di un paso sobre el camino blanco.

Bajé del tren en el barrio de Takehayamachi, había llegado al distrito de Koishikawa. Bajé la pendiente de Fuji y subí la de Kirishitan. La nieve me había dejado un camino con muchas adversidades, pero finalmente llegué sano y salvo al Seiadō. Había ya siete u ocho personas.

—Ustedes son increíbles. Pensé que con este clima solamente vendrían tres o cuatro personas, pero con usted ya son ocho. Y parece que aún falta gente, otros tres o cuatro, será una gran reunión después de todo —con estas

palabras me recibió el Amo del Lar de la Rana Azul. Su cara estaba sumamente complacida.

Subí al primer piso. Pasé a una sala de diez y de ocho **tatamis**. Al ver a los invitados que habían llegado antes, me di cuenta de que salvo tres, los demás eran personas desconocidas. Había alguien que parecía un profesor universitario, otro, un industrial; también estaba una anciana refinada con su peinado al estilo **kirigami**; y un muchacho joven, que parecía un estudiante. “Es una reunión misteriosa”, pensé. Saludé brevemente y me senté. Mientras intercambiaba unas palabras con los que conocía, aparecieron cuatro personas más. Uno era nuestro anfitrión, los otros tres no sabía quiénes eran.

Después de un rato, finalmente, el Amo nos saludó aludiendo un poco sobre el clima y presentó a cada uno de los asistentes. Una vez terminado el protocolo, sirvieron el **sake** y la cena. Cada uno estábamos con nuestra pequeña mesita. La nieve se había debilitado pero seguía sin cesar, desde la ventana del primer piso parecía que pequeñas sombras blancas volaban en la oscuridad. Como no a todos les gustaba beber, pronto se llevaron las botellas de **sake**. Fumé un cigarro y sorbí un té de limón caliente para reposar un poco. Nadie hablaba. En ese momento, nuestro anfitrión tosió para romper el silencio y dijo:

—La razón por la que os he convocado, mis honorables invitados, es la siguiente. Últimamente, además de los haikus, tengo un interés por un nuevo género literario: los **kaidanes**. Estoy haciendo una investigación. Por eso, he decidido organizar esta sesión nocturna y quisiera escuchar vuestros maravillosos cuentos de fantasmas. Hoy estamos en primavera y está nevando, sé que el mejor

clima para contarlos es bajo la lluvia, pero se me ocurrió que la nieve le daba otro toque. Por eso, os he convocado. Tenemos una concurrida audiencia, os pido que cada uno de vosotros nos honre con un cuento extraño. ¿Qué os parece?

El amo señaló el **tokonoma**. Allí, estaba en cuclillas esa rana de tres patas hecha de bambú. Frente a ella, había una vasija de **sake** de cerámica china como ofrenda. Encima del **tokonoma** había un lienzo que decía escrito en grande Seiadō. Por lo tanto, el Amo y esa rana azul serían nuestros espectadores. Cada uno tendríamos que contar un **kaidan**. Era un poco raro organizar una sesión de cuentos de fantasmas en pleno Festival de Muñecas para las Niñas, pero más extravagante era hacerlo frente a un general de Jinhua.

Todos los presentes nos miramos en silencio a los ojos, pero no hubo nadie que se animara a hablar. Nuestras miradas trataban de alentar al otro para que contara el primer **kaidan**. Entonces, nuestro anfitrión decidió designar quién iba a ser el primero

—Señor Hoshizaki. Don Hoshizaki. ¿Por qué no empieza vos? Contadnos... Vos fuisteis el que me enseñó la historia de la rana azul, hacednos el honor. Para esta sesión tan especial elegí a varias personas que tienen experiencias únicas, pero nadie quiere hablar, son demasiado humildes. Para salir de este silencio, sed el primero.

Don Hoshizaki, era un distinguido caballero de más o menos cincuenta años. Mientras se tocaba su barba con algunas canas, sonrió ligeramente y dijo:

—Entendido. Si insiste tanto. Parece que esta pieza que está en su **tokonoma** y yo estamos ligados a un mismo destino. Cuando era joven, por mis negocios, tuve que trabajar

durante cinco años en una sucursal en Shanghái. Después viajaba dos veces al año a China. Conocí así todo el país, de norte a sur. Por esa razón, sé algo sobre su historia. Y como ha dicho el Amo, fui yo quien le contó el origen de esa rana azul.

—Por favor, por esa misma razón honradnos. Sed el primero —insistió nuestro anfitrión.

—Me rindo, está bien. Damas y caballeros, les ruego que me disculpen. Seré yo el que empiece la sesión. La leyenda sobre la rana azul no es exclusiva de la ciudad de Kōshū. Parece que también en Cantón existe la tradición de venerarla. Por ende, desde antaño han quedado muchas leyendas sobre la rana azul. Por supuesto, la mayoría son **kaidanes**. Justo, los cuentos idóneos para la sesión de esta noche. Les voy a contar uno de los más extravagantes.

Don Hoshizaki hizo temblar una de sus rodillas y vio en silencio la cara de los presentes. Indicaba que estaba acostumbrado a este tipo de reuniones. Atrajo mi atención. Me hizo observarlo en posición rígida.

II

—Sé que muchos de ustedes no están familiarizados con los nombres de los lugares y de las personas de China, puede que eso distraiga su atención, voy a eliminar los nombres propios —don Hoshizaki advirtió como introducción:

Eran las postrimerías de Dinastía Ming [1368-1644], lo único importante que tienen que saber ustedes aquí, es que nuestra historia ocurrió en un momento de gran confusión en el Imperio. En el sur del río Yangtsé, en Kinryō, es decir, en Nanjing, había un castillo. Un día, uno de los genera-

les que custodiaba el castillo organizó un banquete. A él asistieron oficiales del ejército y miembros del gobierno. A cada uno se le obsequió con un abanico, en ellos estaban trazados unos poemas y unos dibujos que el general mismo había dibujado.

Los presentes se sintieron agradecidos y abrieron sus abanicos. Un guerrero llamado Chō Kun hizo lo mismo, pero por alguna razón, el suyo era el único que estaba en blanco. No había nada escrito ni delante ni detrás. Se sintió terriblemente decepcionado, pero consideró que aun así tendría que agradecerle este gesto a su superior. Después de hacerlo inconscientemente se retiró junto con los otros invitados. Sin embargo, sintió que no era nada divertido y se lo comentó a su esposa.

—El general escribió muchos abanicos. Por eso, se le olvidó poner algo en el mío. ¡Eso debe ser! Yo tuve la mala suerte de llevarme el que no tenía nada. “Me tocó bailar con la más fea”.

Mientras suspiraba aburrido, su esposa puso una cara de preocupación. Ella tenía diecinueve años y estaba casada desde hacía tres con Chō. Era una mujer bonita, pequeña, de piel blanca. En una parte alejada de la ceja derecha tenía un gran lunar. Sin embargo, al escuchar lo que le contaba su marido, volvió su cara tierna de siempre y para consolarlo dijo:

—Debe ser como dices. No creo que tu general lo haya hecho por maldad. De tantos abanicos, seguramente se le olvidó uno. En cuanto se acuerde, te lo cambiará. Es más, estoy segura de que te lo va a cambiar.

—¿Pero crees que se dará cuenta?

—Se acordará. Cuando tu general te pregunte sobre el abanico, no seas humilde y contéstale honestamente lo que ha pasado.

—Umm... Sí claro.

El marido contestó desganado y se durmió esa noche.

Dos días después Chō Kun fue llamado por el general.

—Dime, ¿qué decía en el abanico que te di la otra noche? ¡Contesta!

Al ser interrogado, Chō Kun contestó honestamente.

—Para seros franco, no decía nada, mi general.

—¿No decía nada?

El general se quedó pensando y asintió en silencio.

—Entonces, te hice pasar un mal rato. A cambio te voy a dar esto.

El general le regaló un abanico que era superior al que le había obsequiado, le escribió un poema de siete sílabas. Chō Kun estaba muy feliz y lo recibió. Se lo mostró a su mujer. Ella también se mostró contenta.

—Ya te lo había dicho. Tu general es una persona con muy buena memoria.

—Sí, tiene buena memoria. ¿Pero cómo ha sabido que un abanico estaba en blanco? Había tantos. Además, ¿cómo supo que este había terminado en mis manos?

Aunque era una situación extraña, no indagó más. El asunto quedó concluido ahí. Pasaron seis meses y un grupo de rebeldes llamados Chin organizaron una revuelta. La región norte del río Yangtsé entró en caos y en el sur también comenzaron a estar alerta. Se había mantenido la paz por mucho tiempo y nadie estaba preparado aún para combatir. Entonces, el general les dio a cada uno de sus

subordinados una armadura. Chō Kun recibió la suya pero de nuevo defectuosa. Estaba vieja y rota. La llevó a su casa y se volvió a quejar con su esposa.

—Esta porquería no me va a servir cuando la necesite. ¡Es mejor una armadura de papel!

Su esposa buscó consolarlo y le dijo:

—No creo que tu general te la haya dado adrede. Una vez que se dé cuenta, seguro que te la cambiará.

—Puede que tengas razón, sucedió lo mismo la otra vez con el abanico.

Pasaron dos o tres días y de nuevo el general mandó llamar a Chō Kun y le preguntó sobre la armadura. Respondió de nuevo con honestidad. El general alzó un poco la ceja y vio la cara de Chō, le preguntó de nuevo:

—¿En tu casa veneras a algún dios?

—No, no creemos en ninguno. No hemos puesto ningún altar.

—Qué raro.

Las arrugas de la frente del general se profundizaron más. Se le ocurrió algo y volvió a preguntar:

—¿Qué tipo de mujer es tu esposa?

No se esperaba esta pregunta. Chō Kun estaba confundido, pero como no había que esconder nada, dijo honestamente la edad de su esposa y cómo era físicamente. El general le preguntó otra vez:

—¿No tiene un gran lunar cerca de una ceja?

—Vos sabéis todo... —se espantó Chō Kun.

—Uff... La conozco —asintió el general—. Tu esposa ha venido a mi habitación dos veces.

Chō Kun quedó anonadado y atónito, vio difuminada la cara de la persona con quien hablaba. El general también se mostró muy sorprendido y le explicó lo siguiente:

—¿Te acuerdas que hace unos seis meses os llamé a todos y os di un abanico a cada uno? A la noche siguiente, vino a mis aposentos una mujer. Me dijo: “Gracias por darle el abanico a Chō Kun, pero por favor cambiádselo por uno que tenga su honorable pluma”. Desperté. Todo había sido un sueño. Por eso te mandé llamar esa vez para constatarlo. ¡Era verdad! Esa vez pensé que era algo raro pero lo dejé pasar. Sin embargo, ayer por la noche, vino esa mujer y me dijo: “La armadura que le dio a Chō Kun está rota y no sirve. Por favor cambiádsela”. Por eso te volví a preguntar y resultó verdad. Es demasiado raro que pase esto. Así, por eso te pregunté cómo era tu esposa. La edad, la apariencia y el lunar junto a la ceja, no tengo la menor duda. ¡Es ella! No sé quién es tu mujer, pero todo esto es demasiado raro.

Al escuchar la explicación, Chō Kun volvió a quedar atónito.

—Es muy extraño, mi general. Voy a investigarlo y os informo.

—Independientemente de esto, te voy a dar una nueva armadura. ¡Llévate esta!

El general le dio una armadura preciosa. Chō Kun se la llevó y regresó a casa. Mientras caminaba, su cabeza daba vueltas. Llevaba tres años casado con ella y nunca había sucedido algo tan extraño. El general no podía haberle mentado, pero ¿cómo habría logrado su mujer aparecer en sus sueños? Pensó miles de cosas en el trayecto a su hogar. Encontró unos puntos en común. Hace seis meses, como ahora, con el problema de la armadura, su esposa siempre lo había consolado diciéndole lo que pasaría como si lo supiera. Eso era algo raro. Era extraño sin duda alguna, pero tenía que hablarlo con ella. Chō Kun

regresó de manera precipitada. Al llegar, su esposa vio la armadura y sonrió.

Esa sonrisa tan tierna no era la de un demonio ni la de un espectro maligno disfrazado de mujer. Chō Kun estaba confundido, pero no desaparecieron sus sospechas. Para su bien, y en nombre del general, tenía que resolverlo fuera como fuera. Llamó a su esposa a uno de los cuartos y le habló sobre los sueños del general. Su esposa lo miró extrañada y dijo:

—Como en el caso del abanico, esta vez vi que estabas disgustado y quería que sanara tu dolor. Yo pedí con toda mi alma. El Cielo oyó mis plegarias y de manera natural aparecieron esas cosas raras que cuentas. Estoy muy agradecida de que mis plegarias hayan sido escuchadas.

Ante esa respuesta, el marido no pudo preguntarle más. Había que agradecer los buenos sentimientos de su esposa. Finalmente, no pasó nada pero Chō Kun no estaba convencido. Después de aquello, vigiló con cuidado los movimientos de su mujer, pero para ese momento, como ya les he contado, se aproximaba el caos. El general estaba ocupado con los asuntos militares, no tenía tiempo de pensar en el asunto de la esposa de Chō Kun. Este también estaba atareado con sus ocupaciones. Por la mañana salía temprano y regresaba a la noche. Pasaron seis meses y en mayo comenzó la época de lluvias. Llovía diariamente pero aquel era un día raro. A mediodía la lluvia había cesado y por la tarde se veía ya un cielo azul pálido.

Chō Kun pudo terminar rápido su trabajo, algo inusual también, y regresó antes del anochecer. Al volver a casa, siempre lo recibía su esposa pero en esta ocasión no estaba. Entró en la casa y al contemplar el jardín, vio que en la esquina había un árbol de granadas. Su flor era roja como el

fuego. Su esposa estaba en cuclillas viendo algo. Chō Kun se acercó sigilosamente al jardín y cuando se encontraba junto a ella se dio cuenta de que había un gran sapo en cuclillas junto al árbol de granadas. Su mujer había puesto una vasija de **sake** como ofrenda y estaba pidiéndole algo. Chō Kun quedó sorprendido con esta extraña escena y al verla detenidamente, se dio cuenta de que esa rana era azul como el musgo. Además, tenía solamente tres patas.

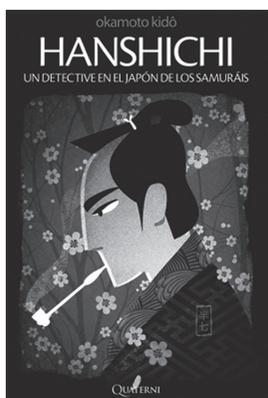
Si hubiera sabido qué era aquella rana azul, no hubiera pasado nada, pero Chō Kun era un guerrero. No sabía nada del Espíritu de la Rana Azul ni del general de Jinhua, para él solamente estaba la imagen de su esposa orando frente a una extraña rana de tres patas. Ya no tenía dudas, ella era un bruja. Sacó su espada y atravesó la espalda y el pecho de su joven esposa. Ella no pudo decir nada y cayó debajo del árbol de granadas. Bajo su cuerpo inerte se esparcieron pétalos rojos.

Chō Kun estuvo un rato parado como en un sueño, pero al darse cuenta, vio que la rana de tres patas ya no estaba, solamente quedaba el cadáver de su esposa frente a sus pies. Fijó su vista en ella y se lamentó de su conducta estúpida. El comportamiento de su esposa era raro, no cabía duda, pero si la hubiera interrogado, podría haber tomado una decisión distinta. Podría haberla dejado viva o haberla matado con motivo. Lo que había hecho, había sido una estupidez. Sin embargo, ya no podía hacer nada, así que se deshizo del cuerpo de su esposa y al día siguiente informó al general de lo sucedido.

El general asintió.

—Tu esposa era, en efecto, una especie de demonio.

DEL MISMO AUTOR



HANSHICHI. Un detective en el Japón de los Samuráis

Autor: Okamoto Kidô / Traductora: Mariló Rodríguez del Alisal y Yuko Fujimura

336 páginas

ISBN: 978-84-940301-3-0

Precio: **20,00€**

Una visión fascinante de la vida feudal en Edo, en compañía de uno de los personajes más queridos de la literatura popular japonesa.

Las historias del detective Hanshichi, personaje inspirado en Sherlock Holmes, se desarrollan entre 1840 y 1860, una época en la que tradición y superstición van de la mano y son el verdadero enemigo del racional y poco ortodoxo Hanshichi.

El lector asistirá fascinado a una vibrante y colorista descripción de la ciudad de Edo, se colará en las mansiones de los samuráis que sirven al shōgun, en los baños públicos, en las modestas nagaya o casas de vecinos, pasando por innumerables talleres artesanos y modestos restaurantes en los que reponer fuerzas comiendo fideos soba o anguila asada. Un apasionante recorrido por la futura ciudad de Tokio, desde sus barrios más opulentos y respetables a aquellos más humildes, habitados por personajes del hampa.

Escrita con una sutil ironía y gran sentido del humor, Okamoto Kidô consigue que el lector disfrute con los casos del astuto inspector, trasladándolo a un período exótico incluso para los japoneses. Una era plagada de aparecidos, de hechizos de zorros, de criaturas kappa y de fantasmas. Misterios a los que el detective se enfrentará, armado únicamente con su ingenio y sus hábiles e incisivos interrogatorios.

OTROS TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN

MUSASHI. La leyenda del samurái

MUSASHI. El Camino de la Espada

MUSASHI. La luz perfecta

TAIKO. El hábil *Cara de Mono*

TAIKO. *Hideyoshi en el poder*

Los Ninjas de Kôga de Yamada Futârô

El Dragón, Rashômon y Otros Cuentos de Ryûnosuke Akutagawa

La sombra del KASHA

Fuego Cruzado (Crossfire)

El susurro del Diablo

R.P.G. Juego de Rol

Brave Story. Un nuevo viajero

El Ladrón de Fuminori Nakamura

de Eiji Yoshikawa

de Miyuki Miyabe

